

MAESTRO DE LINGÜISTAS: ANTHONY BURGESS, LINGÜISTA
APLICADO

Xavier Laborda

(Universitat de Barcelona)

xlaborda@ub.edu

RESUMEN:

El artículo indaga sobre una figura que no sea un lingüista profesional pero que pueda representar sus cualidades. El estudio se ocupa de la personalidad de Anthony Burgess (Manchester, 1917 – Londres, 1993). Burgess estudió filología y fue profesor de inglés durante dos décadas. Por un giro vital, decidió dedicarse en exclusiva a la literatura y la crítica cultural. Burgess concibió el lenguaje como una fuente de belleza y de ideas moralmente creativas. Este escritor publicó dos manuales sobre lingüística aplicada, *Language Made Plaine* (1964) y *A Mouthful of Air* (1992). Burgess dio explicación de su pensamiento y sus vivencias en los relatos autobiográficos, *Little Wilson and Big God* (1986) y *You've Had Your Time* (1990). La búsqueda y el comentario de un ejemplo de lingüista, como sucede con Anthony Burgess, permiten analizar rasgos destacados de la lingüística contemporánea.

Palabras clave: historia de la lingüística, historiografía, lingüística aplicada, Anthony Burgess, autobiografía.

ABSTRACT:

"Master of linguistics: the example of the applied linguist". The article investigates a figure who is not a professional linguist but can represent their qualities. The study deals with the personality of Anthony Burgess (Manchester, 1917 - London, 1993). Burgess studied philology and taught English for two decades. For a vital turn, he decided to devote himself exclusively to literature and cultural criticism. Burgess conceived language as a source of beauty and moral and creative ideas. This writer published two manuals on applied linguistics: *Language Made Plaine* (1964) and *A*

Mouthful of Air (1992). Burgess gave explanation of his thoughts and experiences in the autobiographical stories: Little Wilson and Big God (1986) and You've Had Your Time (1990). The comment of an example of a linguist, as with Anthony Burgess, can afford analyze salient features of contemporary linguistics.

Keywords: history of linguistics, historiography, applied linguistics, Anthony Burgess, autobiography.

La búsqueda del ejemplo¹

El retrato del lingüista ideal y a la vez concreto, real, es una tarea insólita y quizá imprudente, de la que cabe esperar controversia y decepción. Es preciso, por lo tanto, justificar la oportunidad de este propósito. Por la vía del ejemplo –un lingüista– se llega a un conocimiento indirecto e intuitivo de una realidad general y abstracta –la lingüística–. No es corriente acudir a este procedimiento, salvo que se incurra en un encomio arrebatador. Son notorias las teorías de grandes corrientes y los méritos de sus promotores, una fuente en que hallamos un conocimiento árido y abstruso, a diferencia del curso vital de una autoridad. De la lingüística como realidad particular y a la vez general habla a su modo la personalidad de alguno de sus representantes. A la pregunta de “quién eres tú”, esa figura escogida de entre centenares de nombres nos responde en primera persona. Su experiencia compone una perspectiva con que ilustra, vivaz y contradictoriamente, en qué consiste su disciplina.

Sin duda, un aliciente para explorar el recurso biográfico es la comunicación existencial o confesional de esa autoridad que vamos a escoger como ejemplo para escuchar sus confesiones. La afirmación de que el maestro de los lingüistas se confiesa ha de sorprender porque no es habitual que en este ámbito se expresen los actos, ideas o sentimientos verdaderos. Pero más sorprendente o polémica puede ser la designación de la personalidad en cuestión. ¿Quién tiene mayor merecimiento y qué comité ha de dar ese veredicto? Para presentarse de un modo concreto y personal, la lingüística dispone de una galería de personalidades. Son un motivo de

¹ Este estudio se ha realizado en el proyecto FFI2015-64459-P, MEC (0FIL), “La evolución (inter)generacional de las bilingüizaciones: contextos, mantenimientos y sustitución lingüísticos”.

orgullo y una prueba de su reputación. Los lingüistas forman un elenco nutrido y brillante de académicos, en los que se puede apreciar las cualidades que se requiere para producir y aplicar la ciencia. Muchos de ellos han aportado su autobiografía intelectual en obras colectivas (Davis y O'Cain 1980; Koerner 1991, 1998; López y Séré 1992, Swiggers 1997, Brown y Law 2002, Timotin y Colceriu 2012, Laborda, Romera y Fernández 2014).

No figuran en estos repertorios biográficos los dos lingüistas más influyentes en la segunda mitad del siglo pasado: Roman Jakobson y Noam Chomsky. Es cierto que del primero se dispone una autobiografía intelectual, por la compilación de presentaciones de sus obras (Jakobson 1984). La indicación de Jakobson y Chomsky nos señala el atractivo camino de los mandatarios y fundadores de escuelas. Un racimo de elecciones igualmente justificadas nos presenta a William Labov y la sociolingüística, Michael A. K. Halliday y la lingüística funcional o George Lakoff y la semántica cognitiva, por mencionar sólo unos ejemplos.

Cualquiera de estas personalidades merece asumir la representación de su comunidad, pero al distinguir a uno por encima de los demás se incurriría en el error de despertar suspicacias, además de ser tediosamente reiterativos. Nuestro propósito es alcanzar un punto de vista ajeno a los escrutinios previsibles, para contemplar el reflejo de la profesión en una figura externa pero implicada. Proponemos cuatro normas, las dos primeras son negativas o restrictivas y las siguientes, positivas o inclusivas.

La primera norma para la elección de una figura relevante es que no se trate de un lingüista profesional. La segunda, que es una ampliación de la anterior, prescribe que su medio de vida no esté en el mundo académico. Su justificación resulta sencilla: un profesional de la disciplina o un profesor universitario desbancarían a cualquier candidato, pero su efecto sería estéril para nuestra pesquisa.

Respecto de las cualidades que sí ha de poseer, justo es decir que entramos en un terreno delicado. La tercera norma es que sea un hijo de la lingüística, es decir, alguien formado en la perspectiva del giro lingüístico que marca el siglo XX. Finalmente, la cuarta norma refiere que sea una

personalidad con una ideología moral. Quizá convenga aclarar que por "ideología moral" se desea expresar una concepción personal sobre las acciones humanas y sus efectos en la vida colectiva. Según ello el intelectual no sólo está capacitado técnicamente para tratar del lenguaje, sino que concibe la ciencia y la comunicación como un medio de relación y creación social. Dicho de un modo sintético, el maestro de lingüistas posee la personalidad multifacética del intelectual integral.

Retrato del lingüista amateur

Esta búsqueda, que puede obtener múltiples resultados, es un ejercicio parabólico. La trayectoria de la indagación nos aleja de la zona de confort de la lingüística y nos ofrece la visión de nuestro campo a cierta distancia, como una realidad ajena, para volver luego a ella con algún conocimiento que ponga a prueba certezas y preferencias. Es un procedimiento para elaborar la historia de la lingüística contemporánea

La dilación en presentar un candidato hasta este momento tiene una razón: dar la oportunidad al lector de imaginar alguna respuesta a este enigma didáctico. Lo que sigue, la identidad y méritos de una personalidad, es contingente. Su utilidad se cifra en aportar un material de contrastación de la elección del lector. El lingüista amateur de nuestro gusto habrá de destacar no sólo por sus méritos, sino por el éxito con que le han favorecido las circunstancias. Ese éxito le ha descubierto al teatro del mundo su calidad y es una justificación provisional de su valía.

Nuestro candidato es el novelista inglés Anthony Burgess. Nació en Manchester en 1917 y fue registrado con el nombre de John Burgess Wilson. Adoptó su alias literario al publicar la primera novela, *Time for a Tiger* (1956). Se hizo famoso con la distopía *La naranja mecánica* (1962). Un entorno familiar humilde y católico confirió a Burgess el sentido crítico y de pertenencia a una minoría cultural que se plasmó en sus obras. Burgess hizo gala en sus publicaciones e intervenciones orales de un espíritu locuaz e irónico con el que crea un estilo innovador en la forma y satírico en la intención.

Burgess se licenció en filología inglesa en 1940 en la Universidad de Manchester. Para su disgusto, esa titulación sólo le colocaba a la cola laboral, tras el peor licenciado de Oxford. La razón de esa desventaja era, en su opinión, "el esnobismo protestante" del país. Al comenzar la II Guerra Mundial ingresó en el ejército. Como a otros lingüistas –R. H. Robins o M. A. K. Halliday– la guerra influyó mucho en su vida profesional. Durante seis años realizó tareas de animación cultural en música y teatro e impartió cursos de idiomas –francés, alemán, español– en Gibraltar. Tras la contienda fue profesor de inglés y teatro en centros de extensión universitaria y de secundaria. En 1954 obtuvo plaza de funcionario en el Servicio Colonial británico y se trasladó a Malasia, donde realizó tareas de coordinación educativa.

Un desmayo en 1959 alertó a los médicos de una enfermedad por la que le daban sólo unos meses de vida. Volvió a Inglaterra, dispuesto a realizar un esfuerzo literario para dejar en derechos de autor una fuente de ingresos para su esposa, Lynne Jones. Ya tenía en su haber tres novelas del ciclo ambientado en la Malasia colonial, *The Long Day Wanes*, y algunas colaboraciones periodísticas. Se propuso producir media docena de novelas, un objetivo que cumplió a pesar de la opresiva cercanía de la muerte. Realizó el alarde de componer y publicar las novelas *The Right to an Answer* (1960), *The Doctor is Sick* (1960), *The Worm and the Ring* (1960), *Devil of a State* (1961) y *One Hand Clapping* (1961).

Por fortuna, el pronóstico de los médicos fue erróneo. La fugaz vida que se había trazado como escritor profesional continuó hasta la vejez. Falleció en Londres en 1993, tras una existencia afortunada en viajes, satisfacciones gastronómicas y espirituosas, relaciones sociales, reconocimiento público, actividades académicas y, especialmente, creaciones musicales y literarias. Por estas últimas se ha convertido en uno de los principales escritores británicos de la segunda mitad del siglo XX. Su novela más famosa es *La naranja mecánica* (*A Clockwork Orange*, 1962), que ha gozado del impulso de la adaptación al cine.

La personalidad intelectual y artística de Burgess es multifacética. Las semblanzas de su persona no sólo se refieren a su faceta de novelista, sino a otras muchas: ensayista, crítico, compositor, guionista, biógrafo, poeta,

traductor, enseñante y finalmente, pero no la menor, lingüista. Con curiosidad y humor despliega una reflexión irónica en los géneros del relato, la crítica literaria, la literatura de viajes, la biografía y la autobiografía. Satiriza a los suyos y a sí mismo sobre prejuicios y costumbres, ideales patrióticos y egoísmos encubiertos, protestantismo y catolicismo, heroísmos infrecuentes y mezquindades comunes. En sus obras, particularmente en las de ficción, trata de temas como la colonización, la violencia, la fe, las religiones, la maldad, la lujuria, el matrimonio, el alcoholismo y, por supuesto, también la lingüística.²

La lingüística y sus aplicaciones tienen una presencia clara y recurrente en la mayoría de sus obras. Es el objeto de sus dos manuales sobre lenguaje, *Language Made Plain* (1964) y *A Mouthful of Air* (1992). También aparece de manera recurrente en otros ensayos, tales como la biografía de Shakespeare (1970) o sus dos autobiografías, *Little Wilson and Big God* (1986) y *You've Had Your Time* (1990). Ello se predica también de otros géneros. Así pues, la perspectiva lingüística y sus explicaciones sobre variaciones dialectales y arte poética resultan imprescindibles en escritos de crítica literaria y en la obra teatral *Blooms of Dublin*, un musical sobre el *Ulysses* de Joyce (1986).

En el ámbito de la novela, con una abundante producción de más de treinta títulos, Burgess descuella por cómo utiliza su formación en lingüística y su predilección por los fenómenos de la lengua. Su novela de mayor éxito, *La naranja mecánica* (*A Clockwork Orange*, 1962), despliega los efectos de alteridad y extrañeza en el uso de una jerga de jóvenes sociópatas. La invención de este recurso lingüístico es la clave del éxito y de la duradera actualidad de la obra. Otras novelas suyas muestran esa sensibilidad ante los registros verbales, las variedades dialectales y los usos comunicativos en diferentes lenguas y comunidades. Ello se aprecia, por ejemplo, en la serie de cuatro novelas que protagoniza Enderby, un poeta neurótico y misántropo que vive en un retrete. O bien, *Tremor of Intent*

² La producción de A. Burgess se divide en novelas, con treinta y tres títulos, poesía y teatro, con tres obras más en cada uno de estos géneros, las biografías de Hemingway, Shakespeare y D. H. Lawrence, dos volúmenes de autobiografías, tres compilaciones de trabajos periodísticos, siete estudios literarios – entre los cuales dos sobre Joyce –, dos libros sobre música, ocho traducciones, decenas de prólogos a libros de otros autores, centenares de reseñas literarias y dos obras sobre lingüística aplicada: *Language Made Plain* (1964) y *A Mouthful of Air: Language and Languages, Especially English* (1992). Véase los detalles en https://en.wikipedia.org/wiki/Anthony_Burgess_bibliography.

(1966) –Vacilación, en la edición española–, una sátira de las aventuras de espías, con una confrontación de mentalidades británica y rusa que se vale de los idiomas de los personajes. De la producción de ficción de Burgess, la novela más influenciada por la lingüística es M/F (1971), en la que el escritor proyecta relaciones paradigmáticas y sintagmáticas entre los personajes, para recrear un mundo que responde al modelo estructuralista.

Confesiones de un autor mordaz

A la muerte de Anthony Burgess, en 1993, los elogios que los escritores ofrecieron en su memoria fueron superlativos. John Updike, en un juicio cuantitativo desbordante, comparó la capacidad creativa de Burgess con la que sumarían una docena de autores. Por su parte, David Lodge, novelista y filólogo, manifestó que su colega era un ejemplo de inspiración para muchos, no en vano su obra se caracterizaba por una originalidad e inteligencia que han marcado a los escritores de su época.

Burgess solía mostrarse escéptico respecto de los discursos arrebatadoramente encomiásticos; probablemente, también de los suyos. Afirmaba su descreimiento respecto de figuras consagradas como Shakespeare, de quien escribió una biografía, en que refrenaba esas expansiones apologéticas habituales en la crítica literaria.³ Según Burgess, alabar desafortadamente la obra de Shakespeare era una forma de cubrir los vacíos que había sobre su vida. Reconocía la ambición y el talento del joven isabelino, pero rebatía el mito del sabio dramaturgo que da con claves filosóficas en sus dramas. “Las obras teatrales de Shakespeare son muy elocuentes cuando tratan de los males de la ambición social”, escribe Burgess, “pero no son más que obras de teatro, pasatiempos para unas horas ociosas, no testimonios meditados y sensatos de las convicciones de un autor” (Burgess 1970: 13).

Sobre Shakespeare se ha proyectado la sospecha de ser una identidad prestada a un intelectual como Francis Bacon. Burgess tiene esta teoría por un mito y para rebatirla le aplica la navaja de Ockham, es decir, una explicación más sencilla y plausible que extrae de la antropología. A su

³ Además de la biografía (1970), Burgess escribió una novela sobre la vida amorosa de Shakespeare, *Nothing Like the Sun: A Story of Shakespeare's Love Life* (1964).

parecer, no hubo ningún filósofo encubierto ni tampoco pensamientos profundos en los diálogos teatrales. Esas sutilezas verbales más bien eran astucias de provinciano, cortesías, expresiones proverbiales y maneras clericales. Burgess aduce un argumento sociolingüístico y justifica la influencia clerical en la costumbre de escuchar el sermón de los domingos y obtener formación de esa fuente.⁴ Añade Burgess otra observación de lingüística histórica, junto con un chiste a costa de los irlandeses. Sostiene que los diálogos shakespearianos son una extensión refinada de los usos populares de aquel entonces. “Los ingleses de la época tudor, como los irlandeses modernos, eran grandes parlanchines”. El crítico imagina aquella comunicación “como un habla rápida y bullente, de una exactitud terrenal y una equivocidad despreocupada” (Burgess 1970: 35).

La sencillez de esta explicación, al modo de Ockham, tiene el atractivo de relacionar el encanto de los diálogos de Shakespeare con la vivacidad del habla popular. La gente desplegaba su ingenio para reconfortarse en las veladas nocturnas. Como un antropólogo, Burges propone que consideremos aquellas charlas nocturnas como “una candileja de teatro parpadeante”. Mantenerla encendida era ya un regalo. Según este punto de vista, la escuela de Shakespeare es la vida popular. “Los cuentos, los chismorreos y los juegos de palabras pasan su vida en la penumbra”, afirma Burges. De acuerdo, ¿pero cuál es la importancia de esos cuentos y juegos? La importancia radica en que, a su entender, la literatura brota de ellos.

Burgess tiene una concepción fática y lúdica del habla, coherente con una visión hedonista de la realidad. Su sensualismo filosófico desestima los modelos grandilocuentes y la literatura de verdades capitales. De modo congruente, considera que con la actividad verbal no se supe primariamente una necesidad cognitiva o expresiva sino fática, la del contacto para reconfortarse. Su máxima es que la literatura no nace de “la

⁴ La crítica estilística de Burgess sobre Shakespeare aporta alguna pista más para explicar el brillante y aparente efecto de una humilde fuente. “Sumemos a ello unos cuantos retazos de erudición, algunas palabras raras inventadas o sacadas de libros y el esfuerzo por mantener una estructura acorde con el modelo latino (y no el incesante y, y) y estaremos moviéndonos en la dirección de algo que podemos llamar el lenguaje de Shakespeare” (Burgess 1970: 35). El crítico concluye con un juicio desmitificador de la gloria nacional. El discurso de Shakespeare atestigua que era “un chico del campo decidido a derrotar a los refinados tipos de ciudad en su propio juego, pero, a menudo, demasiado impaciente para aprender a fondo todas las lecciones”. No obstante ello, el dramaturgo se hallaba donde debía estar, en el mundo de la escena, porque “al fin y al cabo, lo suyo era aparentar” (Burgess 1970: 36).

necesidad de narrar hechos o exponer un caso” sino de la irrefrenable costumbre de valerse del habla como asidero vital. Cabe aplicar la máxima a su propio caso de novelista y autobiógrafo.

Ha llegado el momento de tratar de las dos autobiografías de Burgess, las obras más reveladoras de su figura. La vida y los relatos biográficos –Shakespeare, Marlowe, Joyce– son un campo de exploración muy formativo. Permiten reflexionar sobre los acontecimientos conocidos pero también, y fundamentalmente, sobre el criterio con que el biógrafo los elabora narrativamente como experiencia. Burgess aprovecha la oportunidad literaria de la biografía y escribe la suya en dos gruesos títulos. En *Little Wilson and Big God* (1987, *El pequeño Wilson y el gran Dios*) relata sus primeros cuarenta años de vida. En apariencia son anodinos, pero resultan valiosos por las informaciones del futuro novelista. Este libro acoge el vigoroso y confesional relato sobre el niño que no ha conocido la ternura, el estudiante fascinado por la música y las humanidades, y el adulto sofocado por la estupidez militar, las sacudidas amorosas y la culpa por su ambivalente catolicismo.

La desinhibición y crudeza de sus confesiones, a la altura de las de Rousseau, son un rasgo que confirma el valor documental del texto, al que acompaña el literario por el acierto narrativo. Los temas de sus futuras novelas aparecen en este viaje retrospectivo de su memoria: carencias afectivas, sexo, culpabilidad, conocimientos, religión, idiomas, alcohol, vida popular..., tratados como una tragicomedia. Por su tono y punto de vista, las memorias sobre este niño Wilson, que es él, y el gran Dios constituyen una obra de la mejor tradición picaresca.

El siguiente título autobiográfico continúa en esta línea satírica, pero con la diferencia de que el protagonista asume el rol de una personalidad literaria. El relato de la segunda autobiografía se inicia en 1959, cuando le diagnostican el tumor cerebral y decide invertir el breve lapso que supuestamente le queda, no en un año sabático, sino en una carrera rápida de novelista. El título de la obra, *Ya viviste lo tuyo* (*You've Had Your Time*, 1990), declara esa agónica cuenta atrás, que afortunadamente duró más de treinta años. En esta parte de las memorias el narrador ya no es un estudiante de filología ni un anónimo profesor, sino un autor valeroso que

da a la imprenta decenas de obras de ficción y ensayo. Leer *Ya viviste lo tuyo* comporta el placer de un relato inteligente y mordaz, a veces compasivo y más a menudo sardónico, en el que fluye la inquieta conciencia del escritor.

La lengua, con sencillez

La escritura autobiográfica de Burgess rinde un servicio al historiador porque describe los proyectos literarios y académicos que acomete, sin desatender la atmósfera cultural en que se desarrollan. En esos trabajos resuenan el taller de su poética y los ecos de experiencias del primer volumen autobiográfico, sobre su juventud, formación académica y trabajos de docente. El lector de *Little Wilson and Big God* y *You've Had Your Time*, los dos libros sobre su vida, obtiene también un fresco apasionante y subjetivo de todo el siglo XX. Accede al punto de vista de un escritor inglés que esté muy influido por su pertenencia a la periferia geográfica, social y religiosa. De este gran archivo conceptual nos importa aquí lo que pergeña la figura del lingüista de la acción que representa Burgess, el especializado en lingüística aplicada. Es la vertiente del intelectual enamorado de las lenguas y de su belleza.

Durante diecinueve años desempeña puestos de docencia de la lengua como lengua propia y extranjera. Inglés, francés, alemán, español, malayo son algunas de esas lenguas en las que trabaja, con especial atención a las variedades dialectales del entorno y de sus alumnos. Enseña a analfabetos, escolares de secundaria y universitarios, sea en un cuartel gibraltareño, un instituto de las Midlands inglesas o un centro de profesores malayos en Borneo. Bracea contra las dificultades de cada ocasión e identifica las deficiencias de la lingüística aplicada a la enseñanza de idiomas. "Los americanos, como siempre, han tomado conciencia de los problemas" de la enseñanza de idiomas, afirma Burgess (1987: 395). Reconoce que la bondad del camino que han marcado éstos con la producción de libros sobre principios teóricos y prácticas para el aprendizaje. "El ejercicio intensivo es indispensable para la adquisición de nuevos hábitos lingüísticos", sostiene el profesor. Por ejemplo, la práctica

de la fonética permite distinguir fonemas que un aprendiz podría tomar erróneamente por alófonos o variaciones menores, como los sonidos ingleses *i* de *fit* e *i*: de *feet*.

El convencimiento de Burgess en la utilidad de la lingüística le anima a redactar un manual sobre la disciplina, *Language Made Plain* (1964). Esta obra concisa y clara, como promete su título, debió de ser una rareza en su momento por el acierto de su tono y la selección de contenidos. No tiene la apariencia de un texto académico sino del ensayo que enseña entreteniéndolo y presentando la materia de manera sencilla y comprensible. Distribuye los capítulos en una parte general sobre el lenguaje y otra específica sobre las lenguas. La primera parte da pie a explicar aspectos de la lengua con una argumentación amena. Las razones y variedades de la comunicación dan paso a cuatro capítulos sobre la articulación del habla y su estudio fonético. Siguen luego las explicaciones sobre los alfabetos, en su historia y función. A continuación se trata someramente de conceptos de semántica y sintaxis, en sus respectivos capítulos. Y cierra esta parte teórica un capítulo –el número 10, añadido en la edición de 1975– sobre el estructuralismo saussureano y el generativismo.

La segunda parte de *Language Made Plain*, la más interesante, se ocupa de las lenguas en el mundo. Si en la exposición que la antecede Burgess ha plasmado sus estudios de gramática comparada en la licenciatura, en el enfoque sobre las lenguas tiene la oportunidad de ser originalmente persuasivo. Considera que el aprendizaje de idiomas es el asunto clave sobre la realidad lingüística. “Los ingleses, en su aislamiento, acostumbraron a ver a los extranjeros bien como seres risibles o como una amenaza sexual”. De este modo desconcertante inicia Burgess (1964: 135) la defensa del plurilingüismo y el aprendizaje de idiomas. La causa de aquella “amenaza sexual” se halla, añade el lingüista, en el recurso de buscarse una novia extranjera o, en el peor de los casos, “capitular ante el enemigo” mediante el matrimonio. Polemizando con argumentos sugestivos, como el de las relaciones eróticas, critica la actitud monoglósica de los ingleses.

Su propósito consiste en rebatir no sólo el prejuicio de la autosuficiencia del propio idioma, sino también otros como la idea

meramente utilitarista del plurilingüismo, la limitación de su estudio a las lenguas vivas y europeas o el inicio del aprendizaje al concluir la educación formal. Arremete aquí contra la idea de que los idiomas valgan según su utilidad inmediata, lo que descartaría las lenguas clásicas y la mayoría de las lenguas vivas. Burgess apunta alto y propone que un británico formado sea capaz no sólo de desenvolverse en los entornos cotidianos de una lengua, como la conversación o la lectura del periódico, sino de gozar de su literatura. Debería sentirse capaz de “leer a Racine, Goethe, Dante, Lorca”, aunque fuera con la ayuda de ediciones bilingües en estas cuatro lenguas.

Burgess aboga por el estudio de lenguas como el italiano y el español, tenidas por poco útiles en aquel momento. No se contenta con el corto radio de las lenguas románicas y clásicas, porque de su experiencia ha extraído una concepción más abierta. Dedicó un capítulo a las lenguas eslavas, en las que demostrará cierta aplicación, y otro más al malayo y sus hermanas asiáticas. “El malayo y a continuación el chino no sólo me han cambiado la forma de entender la comunicación en general, sino también la forma de mi espíritu” (Burgess 1987: 363). El profesor de inglés que aprovecha sus estancias en Malasia y Brunei para aprender una lengua no indoeuropea y sus sutilezas semánticas recibe el don de una revelación.

Burgess completa esta incursión en las lenguas del mundo y su aprendizaje con una propuesta que eleva el nivel de exigencia de las instituciones educativas. Se cifra en enseñar elementos de lingüística a todos los estudiantes de idiomas. Propone ofrecer una buena base de fonética y continuar con morfología, gramática histórica y alfabetos –cirílico, griego y árabe–, para así conocer o dominar un trío de idiomas: una lengua germánica, otra románica y otra más eslava (Burgess 1964: 139). El detalle de este plan de estudio, sin duda exigente, muestra el perfil de su autor, el de un lingüista aplicado.

El éxito que Burgess obtuvo con sus obras de ficción no le hizo olvidar sus principios científicos. Tres décadas después de publicar *Language Made Plain* volvió a la lingüística. En 1992 dio a la imprenta una versión muy ampliada de aquel primer libro en *A Mouthful of Air*, una bocanada de aire, expresión que procede de un verso de Yeats, y con el subtítulo aclaratorio de *Language and Languages, Especially English*. Es posible que los

lingüistas profesionales no prestaran atención a esta obra, por el ensimismamiento del mundo académico. No obstante, la crítica destacó tanto la perspicacia con que escogió las cuestiones como el encanto de su exposición. Una combinación de erudición, desparpajo y amenidad puede parecer irrelevante a los especialistas, todo lo contrario de lo que sucede con los lectores.

Jerga de una mentalidad

El homenaje a la lingüística que con *A Mouthful of Air* hizo un escritor consagrado y al final de su vida se comprende mejor al recordarle en una amarga encrucijada. Cuando había cumplido cuarenta años, de vuelta a Inglaterra, se desmoralizó al verse sin méritos ni contactos como para aspirar a un empleo. Su especialidad en enseñanza del inglés como lengua extranjera no le daba otra opción laboral que las Colonias. Se imaginaba en un periplo penoso, de Irán a la India islámica, "hasta una muerte prematura por la mordedura de una serpiente o los ataques de los revolucionarios que iban a resolver todos los problemas" (Burgess 1987: 408).

Entre ese porvenir sin futuro como profesor y la carrera literaria que había de forjar al poco hay un factor común. Se trata de una profesionalidad basada en el uso del discurso, que ejerció en cada etapa con dedicación y arrojo. Ello le permitió dudar de que muchos de los que como él trabajan con palabras "estén suficientemente interesados por descubrir lo que son las palabras" (Burgess 1964: 7). Sostenía que no basta con juntar palabras, sino que importa conocer los sonidos, la forma y el significado. Y del siguiente modo declaraba en *Language Made Plain* su misión de proselitismo filológico: "Quiero estimular el interés en los elementos básicos de los que está hecha la literatura". Es decir, deseaba promover el conocimiento de la literatura y el espíritu de una cultura mediante la lingüística. Es el objetivo que propone el programa filológico de los alejandrinos.

En el programa filológico están enrolados diferentes especialistas universitarios, como por ejemplo los lingüistas. Ahora bien, no es corriente coadyuvar a este proyecto como profesional de las palabras en el campo de la creación literaria. Mucho más raro es participar con maestría en los dos

ámbitos, el académico y el artístico. El ejemplo de Anthony Burgess es uno de esos prodigios culturales. En lo tocante a la literatura, muchas de sus novelas están trufadas de referencias y sobreentendidos que tienen que ver con las lenguas y los mundos culturales que construyen. De todas, sin embargo, descuella la novela *La naranja mecánica* (1962). A su interés se ha añadido la popularidad de la adaptación cinematográfica de Stanley Kubrick (1971) y la teatral y orquestada por el propio Burgess (1987).

El título de la novela, *A Clockwork Orange*, es una expresión cockney o popular de Londres que fascinaba a Burgess. Con esta imagen metafórica se expresaba extrañeza y desagrado ante algo muy raro, como la produciría una naranja mecánica. La oportunidad para utilizarla en un relato vino del cambio social que Burgess observó en jóvenes de los años sesenta, narcisistas y agresivos, con batallas campales entre rockers y mods. El problema que hubo de resolver fue asociar esos jóvenes a una jerga cuya frescura se mantuviera en años venideros. Desestimó la copia del natural, una flor presta a marchitarse, y felizmente se le ocurrió utilizar raíces del ruso para inventar una jerga. Los protagonistas, una banda de jóvenes encabezados por Álex, deambulan por un Londres futurista. Elementales y brutales, tientan los límites de la violencia hasta cometer un crimen sangriento. Un recurso expresivo de su condición es la jerga que farfullan. “La débochca Georgina se rió otra vez de mis slovos”, dice para sí Álex y añade a continuación que “los dos itearon a sus vonosos juegos de palabras” (Burgess 1962: 151). La correspondencia de los términos es muchacha para débochca, palabras para slovos, ir o pasar para itear y olorosos o malolientes para vonosos. Burgess etiqueta la jerga con el término nadsat, sufijo ruso equivalente al -teen inglés de los jóvenes que no han cumplido los veinte años.⁵

⁵ El ruso vuelve a tener importancia narrativa en la novela de espías *Tremor of Intent: An Eschatological Spy Novel* (1966), titulada en castellano *Vacilación* (Barcelona, Acanalado, 2009). En la escala en un puerto ruso del crucero en que viajan los personajes, se produce una intriga. Una pasajera ha de seducir a un policía para que el espía, Hillier, pueda apoderarse del uniforme. La escena da pie al novelista a introducir diálogos en ruso y comentarios filológicos. Como en el caso de *La naranja mecánica*, la comprensión de las expresiones se consigue mediante el contexto y las apostillas valorativas del narrador. Recogemos unos fragmentos de la esenca (Burgess 1966: 172).

El policía exclamaba sonriente “*Da, ya dolzhen razdyevat’sya*”. El hombre arrojó su cinturón al suelo, acercándose a la chica, y comenzó a desabotonarse torpemente. Volvió a decir “*Razdyevay... Razdyevay...*” El verbo ‘desvertirse’ en su forma intransitiva y reflexiva, es un verbo que ella debería recordar”, pero Hillier enfurecido entrecerrando la puerta del armario. Hillier decidió actuar.

La novela *La naranja mecánica* es un cursillo de términos rusos. De modo gradual, pero sin concesiones a la facilidad, el lector es un estudiante de la jerga. Aprende del relato que hace el Humilde Narrador, Álex, de su peripecia de sociópata. Éste describe al asistente social que le tutela como el que tiene “la función de convertirnos a los maluolos en chelovecos realmente joroschós” (Burgess 1962: 65). El recurso verbal del nadsat imprime verosimilitud a una trama extraña en los detalles, pero reconocible en el conflicto pasional de unos jóvenes desorientados. Álex y sus compinches se lanzan a una carrera delictiva que aparece como variación estridente de una sociedad deshumanizada. Tras la publicación de la novela, el periódico *The Times* calificó su lenguaje de jeringa extraterrestre y al autor de frívolo que cavaba la tumba del inglés (Burgess 1990: 93). Ironías de la vida, a ningún crítico literario le gustó aquella obra, pronto convertida en clásica.

Además de la jerga juvenil de *La naranja mecánica*, Burgess realiza otro experimento lingüístico en la película *En busca del fuego* (*Quest for Fire*, 1981). A partir de una novela de J. H. Rosny, el film fantasea sobre la vida en el Paleolítico. La participación de Burgess consistió en inventar una lengua congruente con el hombre de la Edad de Piedra. No podía ser una lengua tonal y monosilábica, como el chino, ni una colección de gruñidos y aullidos, al estilo de Tarzán. Podía parecerse algo al indoeuropeo, con un cierto grado de complejidad en las desinencias nominales y verbales, con una comunicación de frases enteras en vez de palabras aisladas. Además de la invención de la lengua, como guionista Burgess hubo de tener en cuenta que no habría subtítulos ni doblaje, de modo que el espectador debía ser capaz de comprender los diálogos por la situación.

Para ensayar las escenas de la película, Burgess confiesa que en esta ocasión fue comedido. “Hube de refrenar mis tendencias docentes, porque los actores no iban a ser filólogos de profesión” (Burgess 1990: 462). Es de suponer que se juzga con cierta indulgencia. Lo cierto es que hubo de batirse a fondo para convencer a los participantes de que las palabras no

–*Khorosho* –dijo encañonándolo con una pesada *Tigr* nueva, al mismo tiempo que soltaba el rígido seguro con el pulgar–. *Vstavayetye, svinyah!*
Parecía una recreación de aquella lucha con el *West-deutsche Teufel*, aunque en un idioma más agradable. El sujeto en paños menores tildado de “cerdo” se levantó pesadamente”

tenían una relación natural sino arbitraria con las cosas. En colaboración con el antropólogo Desmond Morris, dotó a la comunicación de un repertorio de gestos coherente con la concepción lingüística que sustentaba el guión. La novelización sobre el buen salvaje prehistórico de *En busca del fuego* fue un éxito artístico y comercial.

Profesional de las palabras

Anthony Burgess se ha dirigido siempre a una audiencia especial, atenta al encanto del lenguaje y receptiva para conocer experiencias nuevas. Tuvieron estas características las novelas *La naranja mecánica* y *M/F* –la de inspiración estructuralista– y el guión de *En busca del fuego*. También son conceptualmente exigentes sus autobiografías, *Little Wilson and Big God* y *You've Had Your Time*, además de diversos ensayos sobre Shakespeare y Joyce. La faceta docente de su primera etapa profesional se reactivó temporalmente después como profesor visitante en Princeton y en la Universidad de Nueva York.

El novelista tardío que fue, ya en la segunda mitad de su vida, no renunció a impartir la doctrina plurilingüe de sus manuales de lingüística, *Language Made Plaine* y *A Mouthful of Air*. Veamos una muestra de ello. El espía británico que protagoniza la novela *Vacilación* (*Tremor of Intent*, 1966) da cuenta de la animadversión de sus compatriotas respecto de las lenguas. “Los británicos siempre han visto con malos ojos el talento para las lenguas, y tienden a asociarlo con espías, empresarios de teatro, camareros o refugiados judíos” (Burgess 1966: 28). En consecuencia, “el políglota no puede ser un caballero”. Su cualificación no cuenta porque es desdeñable. Por definición, también se aplicará este juicio al profesional de la lingüística aplicada.

Anthony Burgess recibió formación de filólogo y lingüística bajo el paradigma comparatista. Aprendió de la escuela germanista de la Universidad de Manchester. Por lo tanto, asimiló muy bien la fonética, una rama que con tanto afán promovió Henry Sweet y la *Philological Society of London*. El estudio fonético de los sonidos, la distinción de las variedades

dialectales y los usos de la foniatría para la salud vocal son aspectos que cuidó Burgess en sus clases y composiciones.

A esta capacitación lingüística se añade la filológica, que se manifiesta en el interés por la historia de la lengua y de la literatura. Burgess se ocupa de la historia, pero también de la actualidad de la literatura. Algunas de sus obras tienen una función didáctica, como *English Literature: A Survey for Students* (1958, 1974). Otras son una aportación original al canon narrativo moderno, como en *Ninety-Nine Novels: The Best in English since 1939* (1984). Esta antología de 99 títulos de la narrativa en inglés, que cubre 44 años de historia, destila el oficio de un prolífico crítico literario.

Un último aspecto de la figura de Burgess es su dedicación a las lenguas, por profesión y vocación. Esta predilección está en la línea de la *School of Oriental and African Studies*, una institución londinense orientada al estudio de lenguas, en que se han formado los más destacados lingüistas británicos.

La biografía de Burgess no recoge sólo una historia de un autor brillante. Es también una fuente aleccionadora sobre ciencia y lenguaje, en el sentido de que la vida de un intelectual exhibe las características de la ciencia que le faculta, la lingüística. El perfil de Burgess es un fiel reflejo de la lingüística concebida y cultivada en el Reino Unido, probablemente una de las más solventes hoy. Heredera de los estudios clásicos y la gramática comparada, la lingüística británica ha trazado un camino equilibrado y diverso. Al fundamento fonético de Henry Sweet se sumó la función social del lenguaje de John Firth y se consolidó una tradición propia. Con estos ejes teóricos ha prosperado una lingüística empírica, formal y aplicada. Destaca en el desarrollo de las disciplinas formales y funcionales, la investigación empírica y, finalmente, las especialidades de la lingüística aplicada.

En el ejemplo de Anthony Burgess se reconoce la filiación con estos rasgos de la lingüística. Reconoció un papel fundamental a la teoría lingüística. Experimentó sobre el terreno y asimiló esquemas de lenguas diversas. Y con tanta aplicación como ingenio se especializó en la lingüística

aplicada a la enseñanza de idiomas. El mérito de estos efectos se ha de atribuir a la formación recibida y a la experiencia propia. Como ha sucedido con la mayoría de lingüistas, lo que aprendió Burgess en la universidad le sirvió sólo para iniciar un aprendizaje autónomo en un periplo intelectual inconcebible e inacabable. En pago del bien que obtuvo de sus maestros, Burgess ha legado una obra excelente en múltiples géneros, con algunos títulos particularmente estimables por los lingüísticas.

El valor de esos ensayos y novelas emana de un principio intelectual: las cuestiones de estilo están al servicio de las ideas. Tratan de las acciones humanas y de sus efectos morales en la vida colectiva. Constituyen una ideología moral que rige las exposiciones y los relatos. Esta ideología concibe la ciencia y la comunicación como medios de relación y creación social. Según la poética de Burgess, una buena novela es una casa formalmente estructurada en la que viven personajes al amparo del libre albedrío. El relato traza una parábola para contener un lienzo de vida. Es la vida moldeada en una forma con que el autor ofrece al lector una visión de la luz, una iluminación filosófica que parece nueva y sorprendente.⁶

La originalidad expresiva de *La naranja mecánica* es una cuestión formal. Pero su función no es estética sino la de lanzar una idea moral. La intención de la historia es señalar que la brutalidad de unos jóvenes delincuentes puede ser el pretexto para una brutalidad socialmente más peligrosa, la de unos gobernantes despiadados que priven del libre albedrío,

⁶ La literatura de tesis de Burgess confluye a menudos con una visión teológica de los conflictos. Está latente su catolicismo, que enarbola como referente moral y como postura marginal en su país. La novela satírica de espías *Tremor of Intent* (1966): lleva el subtítulo de *An Eschatological Spy Novel*, en que se expresa esa vertiente teológica en que vive el protagonista y que, como conclusión de la trama, le transforma en alguien difícilmente imaginable al principio de la historia. La tesis de la obra es que la confrontación entre espías es un trasunto mundano de la pugna entre el bien y el mal, entre la divinidad y el maligno. Dice así el espía británico Hillier:

Más allá de Dios yace el concepto de Dios. En el concepto de Dios yace EL concepto de anti-Dios. La realidad última es la dualidad, o en toras palabras, un juego de donde sólo participan dos jugadores. Nosotros (me refiero a gente como yo o como mis contrincantes del bando enemigo) somos un reflejo de ese jugo mayor. Un pálido reflejo (Burgess 1966: 152).

La cuestión de fondo sobre las fuerzas escatológicas que luchan por el gobierno de la realidad reaparece en este pasaje en que el protagonista recuerda su fascinación por la belleza de una malvada de la historia, la hindú Devi. Su relación carnal con Devi supuso un acceso temporal a otra realidad, la del éxtasis erótico.

Nunca volví a verla]. Tenía grandes talentos. Era una puerta al otro mundo. ¿Os parece una tontería? No me refiero al mundo de Dios o de No-Dios, sino a la realidad última, libre de la gran dualidad, una realidad última castrada. A su manera, esa otra neutral era un heraldo del bien. Pero de ese bien que no es más que una neutralidad inanimada, como la música, el sabor de una manzana, o el sexo. (...) Conocer a Dios significa conocer a su opuesto. Es imposible escapar a la gran negación (Burgess 1966: 295).

de la libertad y responsabilidad moral, a los ciudadanos. La fascinación de este relato estremecedor no tiene sentido sin el propósito de comunicar esa reminiscencia filosófica. Como las novelas tratan de “las maneras en que los seres humanos se comportan”, arguye Burgess, “tienden a implicar un juicio de la conducta, lo que significa que la novela es lo que la sinfonía o la pintura no son, es decir, una forma cargada de moralidad” (Burgess 1984).

Los lingüistas pueden aprender sobre principios y fines de este fustigador del academicismo. Burgess señala con ironía la ineficacia de esos profesores universitarios que desdeñen las obras de autores independientes por la sencilla razón de que estos cumplen lo que prometen: ser inteligentes, originales y entretenidos. Para no arrogarse la razón en su crítica de la institución, afirmó que estaba encantado hasta con las más enérgicas muestras de desacuerdo, porque “alcanzamos los valores sólo por medio de la dialéctica”. Este maestro de lingüistas llegó a la profesión como lo hizo Shakespeare en el teatro, es decir, como un joven de la periferia geográfica y cultural. Como lingüista aplicado, Burgess no pudo competir con colegas refinados en el juego académico que se estilaba. En respuesta a esta crisis de decepción, inventó su propio juego, auspiciado por las musas de la filología y la literatura. Ganó a placer con las virtudes de la inteligencia, la originalidad y la amenidad. Al final del juego, como si hablara al viejo profesor de lengua que había sido, se dijo: “Ya viviste lo tuyo”. Y nos enseñaste lo tuyo, magister.

La moraleja de esta exposición sobre la obra de Burgess está asociada al elogio, por persona interpuesta, de los lingüistas. Es un recurso seguro, aunque también laborioso, tomar como ejemplo a una figura agraciada por el éxito, bajo el que brillan mejor sus méritos. La justificación de la exégesis de Burgess se halla en que el prestigio colosal de su figura ha nacido a la intemperie. Al tomarle en cuenta se va a contracorriente de la predilección habitual por las figuras académicas e incluso del culto a la personalidad. Su candidatura a la galería de humanistas no es una cuestión de homenaje a su valía. Tampoco se debe a su condición de magnífico representante de una lingüística equilibrada y solvente como la británica. La elección de Anthony Burgess trasciende su identidad porque representa, por la vía del ejemplo, la dedicación de decenas de millares de profesores de

lingüística aplicada, personas anónimas, salvo por el recuerdo particular que uno guarda de sus profesores y de sus alumnos.

Bibliografía

Brown, Keith; Law, Vivien, eds. (2002): *Linguistics in Britain: Personal Histories*. Oxford: Philological Society/Blackwell Publishers.

Burgess, Anthony (1962): *La naranja mecánica*. Madrid: Unidad Editorial, 1999.

Burgess, Anthony (1964, 1975): *Language Made Plain*. Londres: Fontana-Collins, 1975.

Burgess, Anthony (1966): *Vacilación*. Barcelona, Acantilado, 2009.

Burgess, Anthony (1970): *Shakespeare*. Barcelona: Península, 2006.

Burgess, Anthony (1971): *M/F*. Londres: Penguin, 2004.

Burgess, Anthony (1984): "Introduction to Ninety-Nine Novels". *The New York Times*, 05-02-1984.

Burgess, Anthony (1987): *Petit Wilson et Dieu le Père*. Paris: Grasset, 1996. (Versión en español, *El pequeño Wilson y el gran Dios*. Barcelona: Planeta, 1988.)

Burgess, Anthony (1990): *Ya viviste lo tuyo*. Barcelona: Grijalbo, 1993.

Burgess, Anthony (1992): *Mouthful of Air. Language and languages, especially English*. Londres: Hutchinson.

Davis, Boyd H. & Raymond K. O'Cain, eds. (1980): *First person singular: papers from the Conference on an Oral Archive for the History of American Linguistics* (Charlotte, N.C., 9-10, marzo de 1979). Amsterdam: John Benjamins.

Jakobson, Roman (1984): *Une vie dans le langage. Autoportrait d'un savant*. Paris: Éditions de Minuit.

Koerner, E. F. Konrad, ed. (1991): *First person singular II: autobiographies by north american scholars in the language sciences*. Amsterdam: John Benjamins.

- Koerner, E. F. Konrad, ed. (1998): First person singular III: autobiographies by north american scholars in the language sciences. Amsterdam: John Benjamins.
- Laborda, Xavier; Romera, Lourdes & Ana M. Fernández Planas (2014): La lingüística en España: 24 autobiografías. Barcelona: Oberta Publishing.
- López Alonso, Covadonga; Séré, Arlet, eds. (1992): Oú en est la linguistique? Entretiens avec des linguistes. Paris: Didier.
- Swiggers, Pierre (1997): Languages and Linguists: Aims, perspectives and duties of linguistics. Leuven-Paris: Peeters.
- Timotin, Emanuela & Stefan Colceriu, eds.: (2012): De ce am devenit lingvist? Omagiu academicianului Marius Sala. Bucarest: Univers Enciclopedic Gold.